

## RESEÑA

### *El momento maquiavélico*, de J. G. A. Pocock

por Laura ADRIÁN-LARA

J. G. A. POCOCK, *The Machiavellian Moment. Florentine Political Thought and the Atlantic Republican Tradition*, Princeton University Press, Princeton and Oxford, 2003. 634 páginas.

“Oceana is as the rose of Sharon, and the lily of the valley...She is comely as the tents of Kedar, and terrible as an army with banners”<sup>1</sup>.

Para J. G. A. Pocock la forma más adecuada de entender una obra comienza por delimitar el contexto en que la obra acontece. Su manera de entender la historia del pensamiento político parte de la idea de que las obras teóricas son eventos que se insertan en el flujo del tiempo, actos que se ejecutan (*perform*) en un momento y lugar concretos<sup>2</sup>. Abordar el estudio del pensamiento desde su encaje espacial y temporal nos ayuda a entender (así lo entiende nuestro autor y su escuela) que tras las obras hay un actor que emplea el lenguaje para hacer algo con él; el teórico escribe y publica con una intención determinada que tiene que ver con su entorno inmediato en un doble sentido. El entorno, o el

---

<sup>1</sup> James HARRINGTON, “The Model of the Commonwealth of Oceana”, en J. G. A. POCOCK (ed.), *The Political Works of James Harrington*, Cambridge University Press, p. 333.

<sup>2</sup> J. G. A. POCOCK, “Languages and their implications: The transformation of the study of political thought”, en *Politics, Language and Time. Essays on political thought and history* (1971), The University of Chicago Press, Chicago and London, 1989, p. 11. Ver también: J. G. A. POCOCK, *Political Thought and History: Essays on Theory and Method*, Cambridge University Press, Cambridge, 2009.

“contexto”, por emplear un término más preciso, sirve de estímulo para su acción teórica, y a la vez sirve de límite, pues proporciona el lenguaje, las formulaciones teóricas y los debates dentro de los cuales piensa y actúa el autor<sup>3</sup>. Por eso, conocer el contexto ayuda a comprender el significado de los textos de una forma más realista y acorde con lo que el autor diría de sí mismo y de sus propósitos<sup>4</sup>.

Esta es en resumen la orientación de la “Escuela de Cambridge”, a la que pertenecen Pocock, Peter Laslett, Quentin Skinner y John Dunn, y que nuestro autor, además de formular teóricamente, lleva a la práctica en este libro (p. 553). Esta metodología para estudiar la historia del pensamiento fue formulada a mediados del siglo veinte para evitar los errores de interpretación que cometían a su juicio otros estudiosos cuando aplicaban conceptos y razonamientos ajenos a la ocasión en que las obras fueron escritas y, por tanto, ajenos a la intención de su autor<sup>5</sup>.

Guiándonos por estas pautas que priorizan la contingencia de la obra podemos comenzar señalando que, cuando *The Machiavellian Moment* volvió a ser una novedad en las librerías, hace ahora seis años, ya era una obra de largo recorrido. Pocock comenzó a escribir este trabajo en la década de los sesenta cuando era profesor en la Universidad de Canterbury, en Nueva Zelanda, su país de origen (p. 553). El 1971 publicó una colección de ensayos metodológicos e historiográficos bajo el título *Politics, Language and Time*, en los que ya se avanzaban algunas tesis de un trabajo que se anunciaba en marcha<sup>6</sup>. El libro fue concluido en la Universidad Washington de Saint Louis (Estados Unidos) tras diez años de trabajo, y se publicó en 1975 en Princeton University Press, después de que en 1974 su autor se instalara en la Universidad Johns Hopkins (pp. ix, 553).

Como nos indican estas referencias geográficas, y que él mismo subraya, estamos ante una obra que se acerca al humanismo italiano desde el mundo atlántico anglosajón: “su autor”, dice Pocock, “es neozelandés y, por consiguiente,

---

<sup>3</sup> Quentin SKINNER, “Meaning and Understanding in the History of Ideas”: *History and theory*, vol. 8, n.º 1 (1969), pp. 3-53, 50. J. G. A. POCOCK, “The Machiavellian Moment Revisited: A Study in History and Ideology”: *The Journal of Modern History*, Vol. 53, n.º 1 (Mar., 1981), p. 50. POCOCK, “Texts as events” (1987), en *Political Thought and History*, p. 111.

<sup>4</sup> SKINNER, “Meaning and Understanding in the History of Ideas”, p. 29.

<sup>5</sup> J. G. A. POCOCK, “Quentin Skinner. The History of Politics and the Politics of History” (2004), en *Political Thought and History*, pp. 125ss. Sobre la formulación de este nuevo método ver: POCOCK, “Languages and their implications”, *passim*, y J. G. A. POCOCK, *Virtue, Commerce, and History*, Cambridge University Press, Cambridge, 1985, pp. 1-34.

<sup>6</sup> POCOCK, “Languages and their implications”, pp. 39-40.

enfoca el problema desde la perspectiva de un británico no europeo”<sup>7</sup>. Una advertencia de entrada que no carece de valor para el lector de habla española que se acerca a un trabajo como éste, en el que el mundo hispánico es una ausencia significativa<sup>8</sup>.

Desde el principio, la obra causó un gran impacto en los círculos académicos por su contenido histórico, por el método empleado para obtenerlo y también por las posibles consecuencias ideológicas que podrían extraerse de ella<sup>9</sup>. Moviéndose por este revuelo, Pocock publicó un artículo en 1981 en el que “revisitaba” el texto para poder responder a sus críticos y explicar qué sentido tenía su trabajo<sup>10</sup>.

En 2003, casi treinta años después de la primera edición, nuestro autor ha vuelto a retomar la obra y ha añadido un *Epílogo* que ha dado lugar a la nueva edición que reseñamos aquí<sup>11</sup>; unas páginas valiosas para comprender qué quería hacer Pocock con una obra que, a su modo de ver, ha sido tan poco comprendida (p. 581, n. 62).

---

<sup>7</sup> J. G. A. POCOCK, “Introducción a la edición española de 2002”, en *El momento maquiavélico. El pensamiento florentino y la tradición republicana atlántica*, traducción de Eloy García y Marta Vázquez Pimentel, segunda edición, Tecnos, Madrid, 2008, p. 83. Pocock apunta reiteradamente que escribe sobre la historia angloamericana desde las antípodas británicas. Él no es ni americano ni europeo. Esta precisión encierra un mensaje doble. Desde su punto de vista, Europa no es una entidad homogénea, ni el centro de la historia, y América está más vinculada con la historia europea de lo que pretenden los defensores de la excepcionalidad americana. Por ello tiene sentido para él estudiar una tradición *atlántica*. J. G. A. POCOCK, “The Machiavellian Moment Revisited: A Study in History and Ideology”: *The Journal of Modern History*, vol. 53, n.º 1 (Mar., 1981), p. 72. J. G. A. POCOCK, “Between Gog and Magog: The Republican Thesis and the *Ideología Americana*”: *Journal of the History of Ideas*, vol. 48, n.º 2 (1987), pp. 325-346, pp. 333-334, 342, 346, *passim*. J. G. A. POCOCK, “Ensayo introductorio”, en *Historia e Ilustración, Doce estudios*, Marcial Pons, Madrid, 2002, p.13.

<sup>8</sup> Pocock justifica la exclusión señalando que “ha encontrado pocos rastros del republicanismo clásico en el pensamiento español moderno, y cree que en España la república ha sido un fenómeno privativo de los siglos XIX y XX”. POCOCK, “Introducción a la edición española de 2002”, p. 83. Sobre el republicanismo clásico en España puede leerse: José Luis VILLACAÑAS BERLANGA, “Republicanismo clásico en España: las razones de una ausencia”: *Journal of Spanish Cultural Studies*, vol. 6, n.º 2 (July 2005), pp. 163-183.

<sup>9</sup> Ver Iain HAMPSHER-MONK, “Political Languages in Time - The Work of J. G. A. Pocock”: *British Journal of Political Science*, vol. 14, n.º 1 (Jan., 1984), p. 116, donde se recoge un listado de reseñas publicadas.

<sup>10</sup> POCOCK, “The Machiavellian Moment Revisited”.

<sup>11</sup> Hay traducción española, ya mencionada (ver nota 7). Para escribir este trabajo acudimos a la edición de Princeton siguiendo el consejo de Eloy García, que reconoce el cariz divulgador de su traducción y recomienda que se lea el original en inglés. Eloy GARCÍA, “Estudio preliminar”, en POCOCK, *El momento maquiavélico*, p. 72.

## HISTORIA Y TEORÍA POLÍTICA

*The Machiavellian Moment* es un libro ambicioso que sorprende por la amplitud histórica y geográfica de su objeto de estudio. Pocock comienza su investigación en Florencia a finales del siglo quince y termina en las fronteras americanas hacia el oeste, ya en el siglo dieciocho. Su objetivo es narrar primero *el momento* en el que irrumpió en la historia el pensamiento de Niccolò Machiavelli, y de ahí el título, y explicar después cómo su pensamiento, combinado con otros exponentes del “humanismo cívico” florentino, cuajó en una “tradicción republicana” que se extendió por Inglaterra, Escocia, y después por Estados Unidos (p. vii). Además, el término *momento* contempla una segunda acepción que alude al problema mismo al que Machiavelli y sus contemporáneos dieron respuesta y que es la gran preocupación de Pocock: la limitación temporal innata de la república, su fragilidad como construcción humana situada en el espacio y el tiempo seculares para mantenerse estable y sobrevivir ante las embestidas de la “fortuna” y la “corrupción” (p. viii).

La primera parte de la obra, “Particularity and Time”, explica cuáles eran los (limitados) recursos teóricos que los autores medievales tenían a su disposición para dar cuenta de la historia secular. Esto sirve de preámbulo para comprender que el problema inicial al que se enfrentaron los humanistas cívicos fue el de cómo conciliar una comprensión aristotélica del ciudadano, que amparaba la realización humana en la república, con una visión cristiana del tiempo, que negaba cualquier posibilidad de realización secular (p. vii). Este es el “contexto” conceptual que desde el punto de vista de Pocock nos puede aportar nueva luz sobre el sentido que tiene la obra de Machiavelli (p. viii) en el contexto del humanismo cívico florentino (que se estudia en la Parte II) para pasar a estudiar a continuación su proyección atlántica (Parte III).

Con esta primera parte el lector ya puede intuir que no está ante un libro de historia sin más, sino más bien ante un estudio en el que su autor recurre a la historia para seguir el rastro a cuestiones teóricas de gran calado, que le preocupan en el presente, y que han involucrado a autores centrales de la tradición occidental como Aristóteles, Polibio, Agustín, Boecio y, junto a ellos, a la estela de humanistas cívicos y republicanos “anglófonos” que tendrán cabida en los capítulos siguientes.

Este punto de conexión entre un trabajo de historia y la vocación teórica de su autor merece algo de atención. En sus ensayos metodológicos Pocock insiste en que el historiador ocupa el lugar del observador; los actores son los autores que estudia. Con ello quiere decir que la función del historiador no es interpretar los textos por sí mismo, como haría un filósofo que pasa por alto la contingencia

de las obras teóricas, sino reconstruir como un “arqueólogo” las interpretaciones que sus contemporáneos hicieron de los textos en su momento<sup>12</sup>. El historiador, al escribir historia, no tiene pretensiones teóricas, solo trata de contar lo que pasó. Estudia un pensamiento ajeno en sus propios términos. Trata con hechos, con acontecimientos<sup>13</sup>.

Aplicándolo a este caso, *The Machiavellian Moment* es una obra de historia en la que por tanto Pocock es el observador, y los humanistas florentinos y los republicanos ingleses y americanos son los actores. Pocock advierte al lector que no utiliza la historia para plasmar o llegar a planteamientos filosóficos (pp. 573, 583). Su cercanía con debates contemporáneos introduce su obra en un terreno ideológico, y sin embargo no es eso lo que busca<sup>14</sup>.

Pocock también reserva un papel al historiador como actor político. El historiador al narrar el pasado permite a la comunidad política tomar conciencia de su propia continuidad en el tiempo. El pasado admite muchas lecturas. Por eso, narrar el pasado es un ejercicio cívico. El historiador participa en ese trabajo de ampliar las visiones de que dispone una comunidad sobre su pasado y de las que dependerán las decisiones futuras. La soberanía, afirma Pocock, está vinculada con decidir sobre el futuro pero también con decidir sobre el pasado<sup>15</sup>.

Con esta investigación Pocock rescata del olvido una tradición de pensamiento que se gestó en Florencia, pasó a Inglaterra y recaló en EEUU, donde compitió con el liberalismo. Inglaterra y EEUU son los escenarios que interesan a Pocock (p. 573). Recordemos que nuestro autor escribe como “británico no europeo”, y como tal exige el derecho de escribir la historia de esta tradición cul-

---

<sup>12</sup> J. G. A. POCOCK, “The Reconstruction of Discourse: Towards the Historiography of Political Thought” (1981), en *Political Thought and History*, pp. 67, 83, 86. Sobre el historiador como arqueólogo, ver también: POCOCK, “The concept of a language and the *métier d'historien*: some considerations on practice” (1987), en *Political Thought and History*, pp. 90, 93, 97; POCOCK, “Quentin Skinner. The History of Politics and the Politics of History”, p. 124. Skinner emplea la misma metáfora en: Quentin SKINNER, *Liberty before liberalism*, Cambridge University Press, Cambridge, 1998, p. 112.

<sup>13</sup> POCOCK, “The concept of a language and the *métier d'historien*”, p. 87. POCOCK, “Texts as events: reflections on the history of political thought”, pp. 106-109. Pocock compara la interpretación histórica con la tarea de un actor para subrayar que la relación entre historiador y autor es a la vez de identificación y de distancia (*detachment*). J. G. A. POCOCK, “Working on ideas in time” (1971), en *Political Thought and History*, pp. 28-31. Ver también: POCOCK, “The concept of a language and the *métier d'historien*”, pp. 94-95.

<sup>14</sup> POCOCK, “The Machiavellian Moment Revisited”, p. 53.

<sup>15</sup> J. G. A. POCOCK, “The Historian as Political Actor in Polity, Society and Academy” (1996), en *Political Thought and History*, pp. 217-238, 226.

tural en sus propios términos (p. 683)<sup>16</sup>. Al reconstruir la presencia del “republicanismo clásico”, Pocock reclama que se reconsidere la visión predominante de la tradición anglo-americana que situaba a John Locke y al liberalismo en el corazón de su pensamiento político moderno<sup>17</sup>. Con su excavación histórica en el “túnel”<sup>18</sup> del tiempo, muestra que hubo una visión alternativa de la ciudadanía y de la libertad que plantó cara a la visión liberal que triunfó en la modernidad. Y si la hubo entonces, la conclusión que se deja caer es que puede haberla hoy, cuando la post-modernidad y la globalización económica nos obligan a vivir en un mundo de ficciones que ya nos resulta “intolerable” (p. 582).

*The Machiavellian Moment*, escribe su autor en 2003:

Illuminates certain things which were going on in the history it narrates, and it touches in many things which wore a different face and could be explained differently. History is a field of study in which many explanations can, and must, exist together. For this reason, if there seems to be a historical story which leads from the apparently real to the increasingly fictitious, we can return to its study and find there the many ways in which we have been making ourselves and are not yet reduced to the choice between being our own solitary fictioneers and being the passive material of those always anxious to do our inventing for us (p. 583)<sup>19</sup>.

---

<sup>16</sup> POCOCK, “The Machiavellian Moment Revisited”, p. 72. Ver nota 7.

<sup>17</sup> *Ibid.*, p. 70.

<sup>18</sup> Nuestro autor define esta obra como “a tunnel history” porque se centra en un único tema, el *vivire civile*. *Ibid.*, p. 53.

<sup>19</sup> [Ilumina ciertas cosas que estaban pasando en la historia que narra, y afecta a varias cosas que mostraban una cara diferente y podían ser explicadas de forma distinta. La historia es un campo de estudio en el que pueden y deben existir juntas muchas explicaciones. Por esta razón, si parece que hay una narración histórica que conduce de lo aparentemente real a lo crecientemete ficticio, podemos retornar a su estudio y encontrar allí muchas formas en que hemos estado haciéndonos a nosotros mismos y que aún no están reducidas a elegir entre ser nuestro propio creador de ficciones solitario y ser el material pasivo de aquellos que siempre ansían inventar por nosotros]. Estas líneas resumen la habilidad de Pocock para mostrar las carencias del liberalismo utilizando y acreditando al mismo tiempo una visión liberal de la historia que le sirve para combatir la visión marxista. A la vez que rehabilita el lenguaje del humanismo cívico, su empeño en diluir el “monolito liberal” refuerza la idea de que en todas las épocas hay una pluralidad de paradigmas que se influyen mutuamente y compiten entre sí, de modo que su modificación siempre es posible. Este modelo, aplicable a las sociedades que él estudia, cuestiona la idea de alienación y, con ello, se distancia de la lógica de las revoluciones y las soluciones finales, muy en sintonía en este punto con algunas ideas de Isaiah Berlin. Ver pp. 549-552, 561; POCOCK, “Between Gog and Magog”, pp. 339, 344-346; POCOCK, “On the Non-revolutionary Character of Paradigms”, en *Politics, Language and Time*, passim; POCOCK, *Virtue, Commerce, and History*, p. 34; Isaiah BERLIN, *Dos conceptos de libertad y otros escritos*, traducción, introducción y notas de Ángel Rivero, Alianza, Madrid, 2001, pp. 107-114. La revisión del papel de Locke y del liberalismo ofrece muchos matices que aquí no desarrollamos. Ver “El mito de John Locke y la obsesión con el liberalismo”, en POCOCK, *Historia e Ilustración*, pp. 21-41.

El ideal republicano puede emplearse en debates contemporáneos<sup>20</sup>. Pero antes de que otros actúen en su nombre, Pocock como historiador anglófono ya está *haciendo algo*. Su aportación está alterando la visión que la cultura anglo-americana (*su cultura*) tiene de su propia tradición política, y eso tiene efectos en el presente. Nuestro autor es consciente de que está alterando algo muy sensible<sup>21</sup>. Ve lógico que se despierten muchas resistencias ideológicas que trascienden la dimensión científica del estudio y por eso pide que se juzgue su trabajo en términos académicos<sup>22</sup>. Como reconoce en el *Epilogo*, gran parte de la controversia generada por la obra se debe a la resistencia a aceptar la presencia de valores republicanos en los inicios de la historia moderna, unos valores que para algunos historiadores y filósofos resultan un desafío (pp. 554-555).

En sus referencias más recientes a la obra, Pocock subraya la vigencia contemporánea del *momento maquiavélico* (pp. 562, 569-573) y la oportunidad de reconsiderar el ideal republicano<sup>23</sup> al que él ha dado voz en la historia y ha traído al presente.

Pocock nos advierte que lo que él hace es distinto de lo que hacen los filósofos que siguen utilizando textos del pasado para pensar el presente<sup>24</sup>. La conexión entre el pasado y el presente en el debate entre libertad positiva y libertad negativa que planteó Isaiah Berlin<sup>25</sup>, y que él entiende como una continuación del debate entre libertad “antigua” y libertad “moderna” que recorre su narración, *sólo* es aceptable si se hace con las prevenciones metodológicas apropiadas que él naturalmente se encarga de adoptar. El conducto que hace admisible teorizar junto a autores de otras épocas es que el flujo del discurso no se haya quebrado entre medias; que haya habido una continuidad demostrable en el lenguaje empleado y en los “speech-acts” que se han emitido desde entonces hasta ahora<sup>26</sup>. Esta visión nos evoca una imagen del *discurso* como un fluido que *discurre* en el tiempo.

---

<sup>20</sup> Ver Ian SHAPIRO, “J. G. A. Pocock’s Republicanism and Political Theory: A Critique and Reinterpretation”: *Critical Review*, vol. 4, n.º 3 (1990), pp. 433-471.

<sup>21</sup> POCOCK, “Between Gog and Magog”, p. 339.

<sup>22</sup> POCOCK, “The Machiavellian Moment Revisited”, p. 72

<sup>23</sup> POCOCK, “Introducción a la edición española de 2002”, p. 84.

<sup>24</sup> POCOCK, “Quentin Skinner. The History of Politics and the Politics of History”, p. 139. Skinner desautoriza esta práctica subrayando la particularidad contingente de los “speech-acts”; sencillamente, señala, tenemos que admitir que tenemos que hacer nuestro propio pensamiento. SKINNER, “Meaning and Understanding in the History of Ideas”, p. 52

<sup>25</sup> BERLIN, *Dos conceptos de libertad y otros escritos*, pp. 43-114.

<sup>26</sup> POCOCK, “Quentin Skinner. The History of Politics and the Politics of History”, pp. 133ss. Naturalmente los filósofos suelen saltarse estas prevenciones y tienden a construir “ficciones históricas”. Por ello “the history of political thought must consist...of actors doing things that historians of political thought insist that *they* should not do”. [La historia del pensamiento político debe consistir...en actores haciendo cosas que los historiadores del pensamiento político insisten en que no deben hacer]. *Ibid.*, p. 140.

De todo esto se deriva algo más que la simpatía que reconoce el investigador por su objeto de estudio<sup>27</sup>; el conocimiento histórico que Pocock aporta sobre el pasado, siguiendo su ritual metodológico, sirve para replantearnos el presente. Así la historia aparece como una plataforma desde la que pensar teóricamente. Y ya sabemos que para Pocock, pensar —en la medida en que el pensamiento se “verbaliza”— equivale a actuar.

En todo ello puede percibirse una visión del *conocimiento* asimilado a la noción de *poder* que también impregna su comprensión metodológica; una comprensión del pensamiento como *discurso* encaminada a guiar el estudio riguroso de la historia, pero bajo la que subyace una concepción teórico-política muy concreta, como él mismo reconoce<sup>28</sup>, y en la que se asume que “language is power”<sup>29</sup>.

### TIEMPO, FORTUNA Y VIRTÙ

El pensamiento humanista cívico del siglo quince recuperó la idea de la república o polis aristotélica, un concepto que era a la vez universal, en el sentido de que “it existed to realize for its citizens all the values which men were capable of realizing in this life”, y a la vez particular, es decir, “finite and located in space and time” (p. 3)<sup>30</sup>. La polis tenía un principio y un fin, lo que hizo que fuera crucial mostrar cómo surgía la república y cómo se mantenía en el tiempo. Debido a esto, apunta Pocock, para la teoría republicana era esencial reflexionar acerca del tiempo, sobre cómo suceden los eventos contingentes y cómo pueden comprenderse las secuencias de los hechos particulares que constituyen eso que llamamos historia (ibidem).

Pocock se propone estudiar la teoría republicana en el contexto del historicismo emergente que fue producto de los vocabularios conceptuales del Medioevo y del Renacimiento, un lenguaje elaborado para tratar con los acontecimientos particulares (ibidem). Ésta es la trama conceptual que Pocock nos anuncia en la primera página como tema central del libro.

Pocock indaga en las limitaciones del escolasticismo para ofrecer conceptos que sirvieran para conocer y explicar la contingencia, unas limitaciones que

<sup>27</sup> Ibid., p. 133.

<sup>28</sup> POCOCK, “On the Non-revolutionary Character of Paradigms”, p. 286.

<sup>29</sup> Ibid., p. 284. Ver también POCOCK, “Verbalizing a Political Act: Toward a Politics of Speech” (1973), en POCOCK, *Political Thought and History*, *passim*, y POCOCK, “The Reconstruction of Discourse”, p. 68.

<sup>30</sup> [Existía para realizar para sus ciudadanos todos los valores que los hombres eran capaces de realizar en esta vida]. [Localizada en el tiempo y en el espacio].

tenían consecuencias políticas (capítulos I y II). Por ello los humanistas cívicos se verán en la necesidad de innovar el vocabulario heredado de la filosofía escolástica y además recuperar una teoría política nueva (capítulo III).

La idea es que este preámbulo sirva para comprender mejor el “momento” de los escritos de Machiavelli (p. viii) y de sus contemporáneos florentinos, a los que dedicará la segunda parte del libro. Para mostrar cuáles eran las limitaciones del pensamiento escolástico, Pocock estudia la obra del jurista inglés Sir John Fortescue (c. 1390-1479), *De Laudibus Legis Anglie* (1468-1471) (pp. 9ss.), a la cual volverá al tratar en la tercera parte de la obra la proyección inglesa y americana del momento maquiavélico. Esto nos indica cuál es probablemente el punto de partida de su investigación, aquello que le ha llevado a interesarse por Florencia.

Lo que muestra Fortescue en su trabajo, dedicado al estudio de la ley inglesa, es que las reglas del conocimiento escolástico permitían manejar conceptos universales y establecer deducciones entre ellos, pero no descender al estudio de lo particular; comprender la aplicación de la ley a los casos particulares, o calibrar su conveniencia en una sociedad concreta. La filosofía no se ocupa de la contingencia. En el planteamiento de Aristóteles la contingencia es atendida por un conocimiento que se sitúa “at the lowest level of unreflecting human intelligence”, que es la *experiencia* (p. 22)<sup>31</sup>.

A la experiencia pertenecen los “juicios”. Éstos pueden acumularse a lo largo del tiempo conformando la “costumbre”, o mirar hacia el futuro como “prudencia” (p. 25). El juicio sobre los hechos contingentes es algo privado y no hay forma de demostrar que un juicio sea mejor que otro. Por eso, lo que da valor a los juicios son criterios cuantitativos, es decir, el tiempo y el número de personas que lo comparten. De ahí surge la “costumbre” que adquiere un valor superior a un juicio particular (incluido el del monarca) porque la costumbre es la suma de muchos juicios particulares (p. 19).

Cuando tenía que tratar con los eventos contingentes sin el apoyo de la costumbre, el gobernante hacía descender su autoridad de la divinidad (p. 29). Dios era concebido como un ser eterno, fuera del tiempo humano; esto le confería una capacidad para conocer distinta a la humana, cuya inteligencia siempre está ligada a la temporalidad de su vida. Agustín y Boecio formularon en su día la idea del *nunc-stans* para referirse al conocimiento simultáneo de todas las cosas que se le atribuye a Dios y que es inaccesible a los hombres (p. 7). Por eso, al presentar su autoridad como emanada de la divinidad, el gobierno del monarca

---

<sup>31</sup> [Al nivel más bajo de la inteligencia humana irreflexiva].

resultaba fruto de un saber “misterioso” e inalcanzable para los súbditos (pp. 28-30). Pero esta autoridad divina no cambiaba en nada su inteligencia para atender los asuntos temporales. Todo este montaje dejaba sin resolver el problema de cómo los hombres por sí mismos podían adquirir la capacidad de “create new orders in the domain of secular history” (p. 30)<sup>32</sup>.

Pocock avanza para mostrarnos nuevos elementos del bagaje intelectual con el que los humanistas cívicos tuvieron que pensar sobre la estabilidad de la república. Agustín separó la *civitas terrena* de la *civitas dei* (p. 34), lo que significaba sustraer a la historia secular de cualquier interpretación escatológica. Boecio, aristócrata romano al servicio de un rey goda, es un ejemplo de cómo los cristianos seguían siendo romanos, es decir, que sus creencias no anulaban sus compromisos cívicos. Por eso *De consolatione philosophiae* no es una obra de filosofía política; es la obra filosófica de un hombre político (p. 36).

La obra de Boecio introduce en este relato los conceptos de *virtus* y *fortuna*, claves para entender a Machiavelli. Boecio los integra en su reflexión retomando una larga tradición griega y romana que él quiere situar en un contexto cristiano (ibidem). Como hombre político Boecio valora actuar en la *civitas terrena*. Esto supone, sin embargo, entrar en el reino de *Fortuna*, donde se suceden los acontecimientos de una forma incomprensible para el filósofo. *Fortuna*, heredera de la *tyche* griega, es comprendida como la inseguridad de la vida política (p. 38). Su símbolo es una rueda, que gira de forma impredecible e incontrolable, otorgando y arrebatando el poder a los hombres (ibidem). La forma de hacer frente a la fortuna es la *virtus* romana, que adoptó el significado de la *aretē* griega. Una “inteligencia” masculina activa (*virtus*) trata de dominar la impredecibilidad pasiva y femenina (*fortuna*) (p. 37), una imagen semejante a la que empleará Machiavelli (pp. 168-169). Aquí se nos descubre la connotación viril que tiene la *virtus* romana (de *vir*, hombre) (p. 37) y que perdurará en todo el relato, también cuando la *virtù* se sitúe en el pasado gótico. El guerrero austero será la antítesis del ciudadano de una sociedad comercial que goza más con los placeres afeminados de la cultura y el lujo.

En el mundo gobernado por *Fortuna* en el que vive y padece Boecio (escribió su obra desde la cárcel), la Filosofía aparece como una figura femenina benigna que sirve de consuelo: la filosofía le permite comprender que el futuro, que resulta ininteligible para él, tiene un sentido; la contingencia está programada por Dios, que tiene la capacidad para querer y conocer (que en Dios es lo mismo, p. 39) de forma simultánea todo lo que sucede, ha sucedido y sucederá.

---

<sup>32</sup> [Crear nuevos órdenes en el dominio de la historia secular].

Boecio, como filósofo que vive en el tiempo y no fuera de él, no puede compartir esta visión simultánea de las cosas que sólo tiene Dios desde el *nunc-stans* o el ahora eterno, pero puede “consolarse” y “resignarse” creyendo que lo que le sobreviene tiene un sentido, aunque sea inescrutable para él<sup>33</sup>. La fe le permite comprender la fortuna no como un absurdo, sino como el despliegue de la Providencia divina (p. 40).

## EL RENACIMIENTO CÍVICO

Con los conceptos anteriores sólo podía admitirse el gobierno basado en la tradición y la costumbre, o bien, si se confiaba más bien en la prudencia de unos pocos decisores para responder a los problemas que plantea la contingencia, un gobierno basado en el *gubernaculum* del monarca (pp. 49-50). Para fundar una república de ciudadanos que empleen su poder colectivo para tomar decisiones hacía falta una teoría nueva del conocimiento. Llega así la nueva visión humanista desarrollada a finales del *Quattrocento* que incorpora planteamientos innovadores (capítulo III): (i) una nueva comprensión del pasado y de la historicidad; (ii) la retórica, como un conocimiento distinto del filosófico, y que sirviera para tratar con particulares y actuar en la república; y por último, (iii) combinando ambos, historicidad y retórica, una comprensión de la *conversación cívica* como fuente de sabiduría para la *polis* y en la que se unen la contemplación (*vita contemplativa*) y la acción (*vita activa*).

Es importante subrayar que, cuando Pocock trata el humanismo, sólo considera a los humanistas del siglo quince, pero no a los pre-humanistas de los siglos doce y trece inspirados por Cicerón, como Brunetto Latini, sobre los que ha trabajado Quentin Skinner (pp. 557-558)<sup>34</sup>. A nuestro autor no le interesan estos autores porque se ocupan de la *justicia* pero no tratan la idea de la *virtus*

---

<sup>33</sup> La identificación de conocimiento y poder como algo privativo de Dios es también una clave en el pensamiento de Maimónides, una noción que sirve de antídoto a la omnipotencia humana. Ver Javier ROIZ, *Sociedad vigilante y mundo judío en la concepción del Estado*, Editorial Complutense, Madrid, 2008, pp. 47 y 101. Agradezco este comentario a Juan Dorado.

<sup>34</sup> Pocock menciona la obra clásica de Skinner titulada *Fundamentos del pensamiento político moderno*, vol. I, *El renacimiento*, publicada en castellano por FCE. Podemos añadir la obra dedicada a los frescos de Ambrogio Lorenzetti en el Palacio de Siena, en los que Skinner ha detectado la influencia de la literatura prehumanista y que ha sido recientemente traducida al castellano: Quentin SKINNER, *El artista y la filosofía política. El buen gobierno de Ambrogio Lorenzetti*, Trotta, Madrid, 2009. Ver también: Clément GODBARGE, “Brunetto Latini y la reconstrucción del ethos republicano”: *Foro Interno*, n.º 5, 2005, pp. 85-111.

romana en el sentido que a él le interesa, y que sí emplea Machiavelli como “capacidad individual para la acción” política y militar (p. 558)<sup>35</sup>. Éste es un dato importante para comprender dónde comienza el relato de Pocock y hasta dónde tiende puentes para traer la savia del pasado a la democracia de hoy.

Si Hans Baron acuñó el concepto de “humanismo cívico” (pp. 52-58), Jerrold Seigel ha recordado que la retórica supuso una alternativa a la filosofía y a la vez un sustituto a la *experiencia*, concepto que ocupaba en el pensamiento de Fortescue un lugar análogo al que ocupa la *retórica* en los humanistas italianos (p. 59). La retórica atiende a lo particular, y lo que se relaciona con el mundo de la acción y con las decisiones que se adoptan en presencia de otros (p. 58). Si la experiencia mira hacia el pasado consagrando lo ya hecho, la retórica sirve para atender el futuro, “persuadiendo” a los hombres para hacer cosas (p. 59). Un mundo en el que la costumbre está al mismo nivel que la filosofía es un mundo de tradiciones institucionalizadas, mientras que aquel en el que este lugar lo ocupa la retórica es un mundo en el que se toman decisiones políticas “cara a cara” (ibidem). Esta forma de tomar decisiones “cara a cara” entre iguales es, para Pocock, “the imagined root of all civic virtue”<sup>36</sup>, y su pérdida algo que conduce a la corrupción (p. 577). Aunque su presencia se diluirá en la tradición republicana atlántica que se estudia en los capítulos sucesivos (sin que Pocock lo anote ni nos diga por qué), parece que la retórica entendida como *persuasión* es esencial en la visión de la política que maneja. También lo es el concepto de “lenguaje” como acción cargada de poder e intención que utiliza en sus escritos metodológicos, y que equipara a la idea aristotélica de gobernar y ser gobernado<sup>37</sup>.

La nueva comprensión del tiempo de los humanistas les permitió entenderse a sí mismos como los protagonistas de un renacimiento tras una época de “barbarie” y “tiranía” (p. 54). Saber que la república era algo político y temporal (p. 53) permitía entender la historia como una secuencia de repúblicas que existieron durante un tiempo y luego desaparecieron. Para los humanistas “las generaciones son equidistantes de la eternidad” y por tanto “cada fenómeno de la historia existió en su propio tiempo” (p. 54). Esta forma de particularizar los

---

<sup>35</sup> En este sentido Pocock ha distinguido dos tradiciones paralelas a la distinción entre libertad negativa y positiva: una asociada al lenguaje del derecho, que desembocaría en la tradición liberal, y la otra vinculada al lenguaje de la virtud, que es la tradición del humanismo cívico a la que él se dedica. Ver el Epílogo y POCOCK, “Virtudes, derechos y *manners*: un modelo para historiadores del pensamiento político”, en POCOCK, *Historia e Ilustración*, pp. 317-337.

<sup>36</sup> [La raíz imaginaria de toda virtud cívica].

<sup>37</sup> POCOCK, “Verbalizing a Political Act”, p. 41. POCOCK, “The Reconstruction of Discourse”, p. 68.

momentos del pasado y descubrir las discontinuidades permitió revisar la historia ensalzando el valor de unos periodos y cancelando otros. Así se generó la idea de que Florencia era la heredera de la república romana tras el paréntesis medieval, como luego los republicanos ingleses agrupados bajo la denominación de neo-harringtonianos situarían la edad dorada de la virtud cívica en el pasado “gótico” de Inglaterra (p. 416). Pocock comparte esta visión.

*El momento maquiavélico* alude a un renacimiento teórico que toca la médula ateniense de la política occidental: la naturaleza política del individuo, la contingencia y la autodeterminación de la polis por medio del *logos*. Un fenómeno que se produce en una época de crisis. Un *momento* a la vez conceptual e histórico que se produjo en la Florencia de los siglos quince y dieciséis, en la Inglaterra del diecisiete y en las colonias americanas del dieciocho.

#### EL MITO VENECIANO Y EL “POPOLO ARMATO”

Los protagonistas principales del estudio del pensamiento florentino de 1494 a 1530, que ocupan la segunda parte de la obra de Pocock, son Machiavelli (1469-1527) y Francesco Guicciardini (1483-1540). Guicciardini ofrece la visión *ottimati* de la república, aquella que valora la constitución de un gobierno equilibrado según los criterios aristotélicos y polibianos, que hacen del equilibrio un aval de estabilidad (pp. 66-80), y que los florentinos veían encarnada en la *Serenissima* Venecia (pp. 100-103, 219ss.). Machiavelli sin embargo apuesta por una visión más audaz, distinta de la tradición *ottimati* y filoveneciana. Su planteamiento es revolucionario en la medida en que afronta la innovación (p. 155). Pocock escoge dos obras suyas, *Il Principe*, en la que el florentino estudia la innovación del príncipe nuevo, y los *Discorsi*, en la que estudia la innovación del legislador, a la que se añade *El arte della guerra*.

Tal vez por la vulnerabilidad de su propia existencia (p. 156), para Machiavelli el concepto de Fortuna es central y marca el tono de lo que entiende por la política: la política es el arte de tratar con *fortuna*, que “symbolizes pure, uncontrolled, and unlegitimated contingency” (ibidem)<sup>38</sup>. Por eso, el otro concepto clave de su pensamiento es la *virtù* que permite dar forma a *Fortuna*, aunque no pretende eliminarla. La *virtù* del príncipe nuevo permite fundar la ciudad, y que los ciudadanos gocen del *vivere civile* y desplieguen la virtud cívica.

<sup>38</sup> [Simboliza la contingencia ilegítima, descontrolada y pura].

Para Pocock “the truly subversive Machiavelli was not a counselor of tyrants, but a good citizen and patriot” (p. 218)<sup>39</sup>. Su innovación no hay que buscarla en *Il Principe* sino en los *Discorsi* y el *Arte della Guerra* en los que Machiavelli trata de introducir una veta del ideal cívico antiguo en las condiciones del mundo moderno que se consolidará en el norte de Europa tras las guerras de religión (pp. 563-564). Ésta es una idea clave en el desarrollo del maquiavelismo atlántico.

Lo que tiene de valioso Machiavelli para Pocock (y de subversivo) es “the militarization of citizenship” (p. 213)<sup>40</sup>. Los ejércitos de mercenarios que hacen de la guerra su negocio deben ser sustituidos por una “milicia ciudadana” que se pondrá en marcha siempre que sea necesario proteger a la ciudad para que conserve su *vivere civile* (pp. 200, 201). Machiavelli transforma la participación popular, que en la teoría aristotélica se encauzaba a través de la costumbre y la capacidad para elegir a sus superiores, en un asunto de la voluntad: los ciudadanos participan en la república a través de su acción directa, como soldados (p. 212). La república queda constituida como “the armed popular state” siguiendo el modelo de Roma (ibidem). Pero esto no quiere decir que se confunda la lógica de la guerra y la lógica de la paz: “the external world of war” es una forma de proteger y extender “the internal world of justice” (p. 213). O como decía Machiavelli, el ciudadano debe “amare la pace e saper fare la guerra”<sup>41</sup>.

## UN GOBIERNO DE FICCIONES

La recuperación del tiempo secular que hace el republicanismo da en ocasiones a la república un significado profético o apocalíptico. Tanto en Florencia, con Savonarola (cap. 4, pp. 103ss.), como en Inglaterra, con James Harrington, el tiempo secular ocupa un puesto en el drama de la Redención, lo que tenía una carga política muy fuerte contra la Iglesia romana. Este vínculo de lo apocalíptico con el origen de la conciencia cívica secular en Inglaterra, lleva a Pocock a plantear apreciaciones interesantes sobre la influyente obra de Michael Walzer, *La revolución de los santos* (pp. 416-417).

<sup>39</sup> [El Maquiavelo verdaderamente subversivo no era un consejero de tiranos, sino un buen ciudadano y un patriota].

<sup>40</sup> [Militarización de la ciudadanía].

<sup>41</sup> Sobre este punto ver Maurizio VIROLI, *From politics to reason of state*, Cambridge University Press, Cambridge, 1992, pp. 162-164. La cita de Machiavelli en: ibid., p. 164, n. 103.

La Iglesia había adoptado la visión de Agustín en la que la historia secular no obedecía a ningún significado escatológico. Estando bien separadas la *civitas dei* de la *civitas terrena*, la Iglesia se había arrogado la autoridad de ser la única mediadora entre ambas, y de esta forma había institucionalizado el *nunc-stans* (p. 45). Por eso, plantear la política en términos apocalípticos asumiendo que Inglaterra era la *Elect Nation* era una forma de atacar a Roma, quitarle su poder de intermediación, y trasladar su poder espiritual a las autoridades seculares (pp. 396-397).

Pocock explica cómo el pensamiento republicano logra que la virtud sustituya a la gracia como responsable de realizar los valores humanos. Igual que la gracia que guiaba la Redención era la responsable de la *reformatio* de los individuos, de su acercamiento a Dios tras el pecado (pp. 41-42), la virtud que sostenía la *polis* permitía al individuo que vivía en su seno su *riformazione*, es decir, volver a su naturaleza primaria como *zoon politikon* (p. 293).

En el pensamiento de Harrington la igualdad de los ciudadanos en la república, que ejercen su virtud directamente, tiene mucho que ver con su cualidad como miembros de la *Nación Elegida* en la que cada cual es su propio sacerdote (pp. 398, 568). El ideal republicano servirá en las colonias inglesas para enfrentarse a un nuevo modelo de sociedad basado en el comercio y en el crédito. Para los republicanos esta sociedad se funda en ficciones que hacen a los individuos más manipulables y a los que se hurta la posibilidad de ejercer de forma directa su capacidad política y militar. Las funciones se especializan, lo que los autores republicanos consideran causa de corrupción (pp. 430, 431, 499). La especialización supone que existan intermediarios en el ejercicio de la virtud política (pp. 475-476). El arte de la guerra que para Machiavelli era un asunto público (p. 200), ya no es propio de los ciudadanos sino de un ejército permanente (p. 411) que actúa como el brazo armado de un estado burocrático. Un ejército profesional que tiene su correlato en el establecimiento de una democracia representativa (p. 572).

La virtud se privatiza y se concreta en el disfrute e intercambio de bienes que proporciona el comercio (p. 436). Esta sociedad genera una nube de ficciones que envuelve a los ciudadanos en una falsa conciencia, los desactiva políticamente. El lujo afeminado sustituye a la austeridad del aguerrido ciudadano armado que los neo-harringtonianos encuentran en su pasado gótico, y que luego los americanos ven representado en los *yeoman* que viven en la frontera y apuestan por una democracia agraria (pp. 535, 539ss.).

Por eso los republicanos seguirán aferrados a la idea de que el ejercicio de la virtud exige la posesión de armas y la propiedad de la tierra, un elemento añadido por Harrington al paradigma maquiaveliano (p. 386).

## CONCLUSIÓN

A la obra de Pocock hay que darle algo de tiempo. Su estructura está llena de meandros y recovecos en los que el lector puede sentirse desorientado, incluso sobrepasado por un relato tan denso. Son muchos los detalles que ofrece sobre las obras y al mismo tiempo son muchos los conocimientos que se sobreentienden acerca de la historia florentina, inglesa y americana. Es un escrito exigente para el lector al que se presume hábil en el conocimiento de la historia y la filosofía. El argumento que hay detrás de todo ello, y que sirve de armazón a una obra tan extensa, no es del todo evidente hasta que no se acaba el libro. Y aun entonces el lector dudará si se ha perdido algo importante por el camino.

Pocock reconoce que su obra emplea un “estilo discursivo”, difícil de seguir porque la historia que cuenta es compleja (p. 554). Aunque confía mucho en el lenguaje para explicar el pensamiento<sup>42</sup>, que no en vano entiende como discurso<sup>43</sup>, se percibe una tímida sensibilidad musical para encontrar concomitancias entre autores dispares en expresiones como “the Machiavellian overtones are audible enough” (p. 365) o “audible notes of messianism may be heard” (p. 403)<sup>44</sup>. Algo que se pierde en la traducción española.

Más que tratar de acaparar todos los datos, quizá convenga tratar de entender a nuestro autor de oído. Así nos daremos cuenta de que hay notas que se repiten en casi todas las páginas en variaciones de una misma melodía que es la que el autor tararea como guía en su investigación. Estas notas componen una cantilena muy pegadiza, incluso seductora, que eleva la *virtù* del ciudadano con un optimismo lleno de vitalidad; una música elevada sin apartarse del suelo de la experiencia y que, al reconocer la finitud humana y la fragilidad de los asuntos humanos, también adquiere acentos trágicos, lo que resulta reconfortante. Sin embargo, es una música que difícilmente podríamos escuchar ensoñados sin inquietarnos, pues en ella no dejan de sentirse los pasos firmes de una “ciudadanía armada y activa” (p. 555), tan poderosa como un “ejército con estandartes”.

---

<sup>42</sup> POCOCK, “Quentin Skinner. The History of Politics and the Politics of History”, p. 130.

<sup>43</sup> POCOCK, “The concept of a language and the *métier d'historien*”, p. 87.

<sup>44</sup> [Las notas maquiavélicas se escuchan suficientemente]. [Se pueden oír notas de mesianismo].